

NETICA Y REALIDAD



Lukacs (autor de «El asalto a la razón», «Historia y conciencia de clase», «Estética...») afirma: «La Historia no es susceptible de ser interpretada con las matemáticas... Nunca se podrán poner todos los datos en un computador».

Lo que importa es la realidad

—Volvamos a la guerra del Vietnam. ¿No es posible que se trate no solamente de una diferencia entre guerra cibernética y una guerra de cualidad, sino de dos épocas diferentes de la humanidad?

LUKACS.—¿Y quién tiene derecho para decir una cosa así? Dado que los Estados Unidos se ven obligados a combatir en esta guerra, cómo se puede decir que los dos adversarios pertenecen a épocas diferentes? Efectivamente, pueden existir grandes diferencias sociales entre Estados, ejércitos, etcétera. Tomemos el ejemplo de Napoleón: ciertamente él tenía una táctica y una estrategia diferentes de las que tenían los Estados absolutistas del Este de Europa. Pero, precisamente, la táctica y la estrategia de Napoleón eran, en líneas generales, superiores a las tácticas de Austria, de Alemania, etcétera, porque eran de una manera más evidente la estrategia de aquello que realmente existía. Le pongo el siguiente ejemplo: en los Estados Unidos se piensa: «Podemos derrotar con los mismos medios a todos los que se nos oponen, se trate de «beatniks» o de guerrilleros vietcong». En cambio, aparecen momentos cualitativos que cambian de tal manera las cosas que ningún cálculo, ni siquiera el mejor, puede preverlo. Quisiera poner otro ejemplo más. Hemos hablado de la superioridad de la estrategia napoleónica sobre la de los otros países europeos. Lo cual es perfectamente cierto: no obstante, Napoleón perdió la batalla de Waterloo. Tenía frente a él a un ejército alemán y a un ejército inglés acampados en Bélgica. Napoleón siguió su táctica normal: puso en fuga primeramente a los alemanes para después enfrentarse a los ingleses... Napoleón sabía, después de veinticinco años de guerras en Europa, que si un general prusiano era derrotado se replegaría a sus bases naturales. Convencido de aquello y convencido de que los prusianos tomarían el camino de Prusia, se dirigió contra los ingleses. Pero en ese momento sucedió algo no computable: el comandante del ejército prusiano se comportó de manera napoleónica. Napoleón fue derrotado porque un general prusiano no actuó como un prusiano, sino como un discípulo de Napoleón. Existe, por tanto, un límite para la extrapolación. Lo que cuenta es la realidad y no la expresión que la realidad recibe en las fórmulas matemáticas. ■

(Copyright Efe-L'Express.)

cana. Pero por parte vietnamita se puede decir que una guerra de cualidad.

LUKACS.—Es evidente que la cualidad es más fuerte que la cibernética. La matematización es algo técnicamente inevitable; ciertamente no se pueden construir máquinas sin ayuda de las matemáticas y de la geometría. Pero el que una máquina sea mejor que otra es un hecho que supera el momento cibernético y matemático: aquí el momento humano es de nuevo importante. Tomemos el ejemplo de los americanos que han mandado algunos hombres a la Luna, los han hecho bajar y trabajar en el suelo. Desde el punto de vista técnico, es superior al de los rusos, quienes han hecho todo esto sin necesidad de hombres. No obstante, en la práctica, yo creo que los rusos han tenido razón. Sin contar con que la solución matemática es más completa por parte de uno de los contendientes. No nos olvidemos de aquello que en alemán se llama «die Quantung», una diferencia de cantidad: la cantidad de una cosa es abstracta. La «Quantung» es una cualidad que pertenece a las cosas y se puede actuar sobre la «Quantung» incluso sin contarla. Pongamos el ejemplo de una mujer que tenga cinco hijos: si es una mujer inteligente tratará a los hijos de acuerdo con un análisis cuantitativo y les dará una buena educación. Pero si lo que le importa a la mujer es el número cinco, entonces podremos asegurar que no existe tal familia.

La Capilla siXtina

NO HAY GUERRA EN LAOS

La hija menor del vicepresidente Agnew llegó de la escuela con una sorprendente noticia: —Hemos invadido Laos.

Spiro Agnew, durante unos segundos, retuvo la afirmación en las fronteras de su cerebro y las palabras penetraron hasta completar el significado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La maestra.

Muy lista tu maestra. Ya puedes decirle esta tarde que mucho cuidado con difundir noticias provocadoras.

La señora Agnew volvió cinco minutos después del supermercado y comentó, sin apenas variación de voz:

—Hemos invadido Laos.

—¿Tú también? ¿Te lo ha dicho la maestra de tu hija?

—No. Me he enterado en el supermercado.

—¡Estamos rodeados de quintacolumnistas! ¡Voy a ajustarle las cuentas a tu informante del supermercado!

—También lo he oído en la lampistería de la esquina.

Spiro jadeaba por el esfuerzo de contener su galope exterminador hacia la lampistería de la esquina. De una zancada se plantó ante el teléfono y llamó a la Casa Blanca.

—¿Richard? Señorita, quiero hablar con el Presidente. Soy el vicepresidente Spiro Agnew. No. No pienso reñirle por nada. Es una consulta. Gracias. ¿Richard? Todo el mundo está diciendo que hemos invadido Laos. ¡Claro! Ya decía yo que era imposible.

Todavía con el teléfono en la mano, Agnew se vuelve triunfal hacia su familia.

—No hemos invadido Laos. Richard me lo ha confirmado...

—¿Y cómo lo sabe él?

Agnew vaciló entre la indignación y el carraspeo, pero volvió a calzarse el aparato.

—Richard, y tú, ¿cómo te has enterado?... Claro... ¡Clarísimo! Nuevamente un Agnew triunfante desafiaba a su familia.

—Richard dice que es imposi-

sible porque la «tele» no ha dicho nada de la invasión de Laos. La «tele» está transmitiendo a todas horas la hazaña espacial y no ha dicho nada de la conquista de Laos. La «tele» está todo el rato dando noticias de la invasión espacial y no ha dicho nada de la expedición científica a Laos. La «tele» habla de las operaciones de castigo a la Luna y no ha dicho nada del alunizaje en la ruta Ho Chi Min. Falso, pues.

En este punto entra en la casa el hijo mayor de Agnew.

—Papá. Hemos invadido Laos.

—¡Falso! ¡Falso! El Presidente

acaba de desmentirlo por teléfono. Aquí lo tienes, puedes hablar con él... Richard, Richard...

Mi propio hijo ha creído el rumor. Buen chico, sí, Richard.

Nada sospechoso. No, hombre, no seas suspicaz. Pero ha oído el rumor...

—Yo no he oído ningún rumor.

—Tú te callas. Sí, Richard, ha oído el rumor, y ya sabes... Los jóvenes nunca oponen los pros a los contras, creen precipitadamente en lo primero que oyen. Y... zas. Adiós. Adiós.

Un Agnew agigantado, iracundo, gesticulaba, sin que la voz se alzase sobre su disminuida familia.

—¡Me habéis puesto en ridículo! ¡Ni siquiera al Presidente habían legado tan absurdos rumores!...

Cruza la estancia la asistente Celsa Ferreiro, que fuma un cigarrillo semideshecho.

—Señorito, seguro que hay guerra en Asia. A ver qué país hemos invadido.

—¿Qué dice usted! —vociferó Agnew— ¿De dónde saca ese desquiciado rumor?

—No hace falta haber estudiado en Harvard, señorito Agnew. La «tele» no para de transmitir la broma esa del espacio. Seguro que algo está pasando en Asia y no quieren que nos enteremos.

SIXTO CAMARA